

Es propiedad  
de D. V. de Lalama.

Librerías de Jordan  
Ríos, Perez y Guesta.

# BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

## LA DAMA EN EL GUARDAROPA.

Comedia en un acto, en verso, por D. G. H. y R., para representarse en Madrid, en el teatro del Instituto, el año de 1848.

### PERSONAS.

LISA.  
BERTINA.  
CARLOS.  
D. EDUARDO.  
EL BARON DE VERDEMAR.  
ISABEL.

La escena es en Madrid, en casa del Baron.

La casa tiene una sala con dos puertas laterales, una que comunica con el jardín y otra con el fondo un guarda-ropa que oculta una puerta secreta; una maleta con ropa, abierta y puesta sobre una silla; mesa con recado de escribir.

### ESCENA PRIMERA.

CARLOS y EDUARDO que entra.

Querido Carlos!

Eduardo! (*se abrazan.*)

Cuanto tiempo hacia ya que no te veía.

Es cierto;

no te puedes figurar lo que me costaba este abrazo ni inalterable amistad.

Lo creo; nacidos ambos

en Sevilla, y además

compañeros de colegio,

el tiempo llegó á formar

un cariño entre nosotros

juramente fraternal.

Yo me acordaba de luchar

de tu lado, para entrar

en posesion del destino

que me habia de tocar

pero tú no ignoras cuan

importante era la posicion

que me habia de tocar

Es verdad.

¿Qué te trae á la corte?

¿Vienes á solicitar

algún empleo en Madrid?

CAR. Nada de eso; ya sabrás que hace seis meses escasos falleció mi tío

EDU. Cuál?

El que estaba en Veracruz?

CAR. Ese mismo.

EDU. Lo sé ya.

CAR. Careciendo de herederos forzosos á quien dejar sus incalculables bienes, como era muy natural testó en favor de su hermano el Baron de Verdemar dejándome varias fincas y algún efectivo, mas en esta parte las cláusulas del testamento no están del todo claras. Mi tío el Baron, que, por su mal, sabe muy bien que los pleitos solo sirven para dár disgustos al litigante, y pesetas al curial, me escribió viniese á verme con él, á fin de zanjar sin meternos en litigios, cualquiera dificultad que hubiese. Yo, que hace tiempo deseaba visitar la corte, no solamente para ver la infinidad de bellezas que posee, sino tambien para dár un abrazo á mis parientes, y otro á ti, seguí con tal exactitud su dictámen, que al punto, sin vacilar, me embarqué en la diligencia y ya me tienes acá, lleno de polvo, y molido del traqueteo infernal

del coche, que me ha dejado  
sin un hueso en su lugar.

EDU. Cuanto me alegro!

CAR. Mil gracias!  
Es mucha tu caridad!

EDU. Hombre, si es de tu llegada  
de lo que me alegro!

CAR. Ya!  
Di, visitas á mi tío?

EDU. Si no le he visto jamás!  
Llamé, pregunté por tí,  
y me mandaron pasar.

CAR. Héme aquí, querido amigo,  
lleno de impaciente afán  
por conocer á mi prima;  
dicen que es una beldad  
de primer orden; muy pronto,  
según me dijo el papá  
cuando salió esta mañana,  
la voy á ver. Llegué tan  
temprano, que estoy cansado  
de esperar... Nunca será (*suspirando.*)  
mi prima como otra joven  
que vi en Sevilla, hace más  
de dos años.

EDU. Ola, ola!  
Me atrevería á jurar  
que vienes enamorado;  
á un lado la cortedad  
y cuéntame tus amores

CAR. Poco tienen que contar,  
aunque no dejan de ser  
extraordinarios.

EDU. Qué tal!  
Novela tenemos; habla.

CAR. Fui una noche á pasear  
y vi una joven bellísima,  
seductora, angelical;  
seguila con mucho empeño,  
y conseguí averiguar  
que vivía allí inmediato;  
pero fué inútil mi afán  
largo tiempo; al fin llegó  
la velada de San Juan,  
y la hallé en ella. No puedo  
darte una idea cabal  
de mi alegría en aquel  
instante.

EDU. Que palpar  
de corazón!

CAR. No hagas burla  
de aquella felicidad  
tan inefable, tan santa!..

EDU. Hombre, no; soy incapaz...

CAR. Hubo baile en la alameda,  
y aunque con dificultad,  
logré bailar con mi amada.

EDU. Que no fue poco lograr.  
Y despues?

CAR. La hice un bosquejo  
del amososo bolean  
que en mi corazón ardía.  
Todo sin esagerar,  
porque la amaba, la amaba  
con una pasión voraz!  
Oyendome estubo atenta;  
mas, cuando creí escuchar  
un dulce sí de su boca,  
me dijo que estaba ya

comprometida su mano,  
que no podía esquivar  
aquel formal compromiso,  
que estimaba mucho tal  
predilección de mi parte,  
eccetera. Mas con tan  
triste acento se espresaba,  
que aun el menos perspicaz  
hubiese notado que era  
contrario á su voluntad  
aquel fatal compromiso.  
No bien acabó de hablar  
de esta manera, se fue  
presurosa á una señal  
de la que le acompañaba,  
que era Señora de edad  
algo avanzada. Ni aun tube  
tiempo para contestar  
á su saludo.

EDU. Que diablo  
de accidente! El carcamal  
de la vieja bien podía  
haberlos dejado en paz.

CAR. Considera, amigo mío,  
como me debí quedar  
en vista del resultado  
desesperado y fatal  
del asunto. Aun no paró  
allí mi infelicidad...

EDU. Qué sucedió?

CAR. Desde entonces  
no he vuelto á verla, por más  
esfuerzos que he hecho al efecto.  
A fuerza de preguntar  
en todas partes por ella,  
supe que era natural  
de Madrid, que residía  
en Cádiz hacía ya  
medio año, y que con motivo  
de dirigirse á arreglar  
cierto negocio en Sevilla,  
el argos, que por mi mal,  
estaba en su compañía,  
la llevó con ella allá,  
sin duda con el objeto  
de que viese la ciudad.  
Marché á Cádiz al instante,  
mas no pude averiguar  
el paradero de Clara,  
y desde entonces acá  
soy el más desventurado  
que se pudiera encontrar!

EDU. En efecto, todo eso  
es bastante original;  
mas no pierdas la esperanza  
de encontrar á tu deidad.

CAR. Ah! no lo espero.

EDU. Mal hecho,  
pues no debes ignorar  
que en donde menos se piensa  
salta la liebre.

CAR. Es verdad;  
pero...

EDU. No hay pero que valga;  
mira, debemos bajar  
todas las tardes al prado,  
y allí tal vez la hallarás.  
Si como dices es cierto  
que es madrileña, quizá

se volveria á la corte desde Sevilla; ademas, facil te será olvidarla si te llegas á prender de alguna paisana suya.

CAR. Prendarme de otra! Oh jamás podré.

EDU. Quien sabe; de menos nos hizo Dios. Voy á dár con tu permiso una vuelta por casa; sali con tal precipitacion apenas supe que estabas acá, que no dije una palabra á mi esposa, y debe estar volada por mi tardanza. A Dios Carlos.

CAR. Volverás pronto?

EDU. Si, volveré dentro de media hora á mas tardar.

ESCENA II.

CARLOS, solo.

Ah Clara!.. ni un solo instante se aparta de mi memoria tu imágen, única gloria de mi corazon amante; sin Clara viviendo muero, mi dicha es verla y amarla, si es preciso para hablarla recorreré el mundo entero; y si consigo saber qué compromiso la liga á otro hombre, tal vez consiga su compromiso romper. Lo que es ella debe estar aun en Cádiz, mas no importa, que á su familia á la corta ó á la larga aqui he de hallar. Es verdad que ignoro el nombre las señas de esa familia, pero cuando amor le auxilia vence imposibles el hombre. Ah! amor es cara fruta!.. Si al llegar á los extremos de la jornada, saldremos conque es mi dama una astuta aventurera?. Qué horror! Clarita una aventurera! Sospechar de esa manera de las imágen del candor!! Perdona mi atrevimiento, bella entre las bellas, ah! perdona que nadie está libre de un mal pensamiento! Dos horas hace que aqui me dejaron... por lo visto han olvidado que existo. Mas hete al baron alli.

ESCENA III.

CARLOS, el BARON.

BAR. Me has de dispensar, sobrino, que te haya dejado solo tanto tiempo.

CAR. Está usted ya dispensado.

BAR. Los negocios me abruman.

CAR. Querido tio, incurre usted en mi enojo, si no abandona al tratarme cumplimientos eufadosos. Cuide usted de sus asuntos, sin que áello sirva de estorbo mi venida; entre parientes la franqueza antes que todo; nada de etiqueta, nada... casualmente hace muy pocos momentos ha estado á verme un joven muy á propósito para reemplazar á usted en el cargo, algo penoso, de ditiirme en el dédalo de Madrid, que desconozco. Es un tal Eduardo Arjona, con quien en tiempos mas prósperos conjugé verbos latinos, y jugé al chito y al trompo.

BAR. Me alegro; en su compañía estás mas á tu antojo, pues... los viejos con los viejos y los mozos con los mozos. Como una prueba inequivoca de la franqueza con que obro, te dejo en este momento y á mis asuntos me torno.

CAR. Bien, tio, lo que usted quiera; volverá Eduardo muy pronto, y pasaremos el rato charlando como dos loros. A mas, si solo me dejan solito me las compongo.

BAR. Has almorzado?

CAR. Hace mucho. (Como que es hora ya de otro pisolavis.)

BAR. Ya veremos de arreglar nuestros negocios mas tarde.

CAR. Tiempo nos queda para ello, pues me propongo pasar aqui algunos meses.

BAR. Eso me llena de gozo. A Dios... Ah se me olvidaba: Elisita está hoy un poco indispueta; esa es la causa de que, contra su propósito, aun no se haya levantado, mas debe hacerlo muy pronto. Tiene deseos de verte.

CAR. Tambien yo estoy deseoso de ponerme á sus pies.

BAR. Vaya, con tu permiso... el coloquio me agrada, mas los asuntos me acusan de perezoso.

ESCENA IV.

Los mismos y EDUARDO.

EDU. Pase usted...

BAR. Sirvase usted...

EDU. No insisto, gracias...

:

BAR. Supongo  
que este caballero es  
tu paisano, el que hace poco  
vino á verte?

EDU. Servidor  
de usted.

BAR. Puede usted del modo  
que mas le plazca, mandarme,  
y disponer á su antojo  
de esta casa.

EDU. Mil gracias.

BAR. Soy con ustedes muy pronto.

ESCENA V.

CARLOS, EDUARDO.

EDU. Me parece tu tio,  
bastante original.

CAR. Seguramente;  
mas tiene, amigo mio,  
buen fondo y un caracter escelente.

EDU. Lo creo. Antes de nada  
vas á venir conmigo, pues mi esposa,  
que sabe tu llegada,  
está de conocerte deseosa.

CAR. No tengo inconveniente,  
mas déjame mudar.

EDU. De cualquier modo  
estas perfectamente;  
vivo un paso de aqui.

CAR. Pero con todo. .  
Ya lo ves, estoy lleno  
de polvo de los pies á la cabeza.

EDU. Eso no importa... bueno...  
así nos probarás que con franqueza  
nos tratas.

CAR. No lo dudo,  
y os probaré tambien que muy curioso  
no soy, si no me mudo;  
deja que me cepille, y presuroso  
me ponga una levita. *(lo hace.)*

EDU. Despacha.

CAR. En dos momentos estoy listo.

EDU. Di? Viste á la primita?

CAR. Como está algo indispuesta, no la he visto.

EDU. Qué tiene?

CAR. Poca cosa.  
No sé porque he llegado á figurarme  
que es algo melindrosa;  
creo tardarán poco en anunciarme  
su audiencia deseada.  
No conocerla tú... tú, su vecino!

EDU. Yo no lo extraño nada,  
que eso en Madrid sucede de continuo;  
si deseas curarte  
de ese tenaz esplin que es tu tormento,  
hombre, debes casarte  
con tu prima.

CAR. Tengo hecho juramento  
de no partir mi tálamo con prima.

EDU. La prima, estame atento,  
es muger, y esto basta; se la estima:  
esa es cuestion resuelta.

CAR. Ya estoy corriente.

EDU. Vamos.

CAR. Al instante,  
que debo estar de vuelta  
antes de que mi prima se levante.

ESCENA VI.

ELISA, ALBERTINA.

ELI. Es él, Albertina, es él.  
*(mirando por donde se fué Carlos.)*

Es mi primo. No cabe  
duda, el joven que en Sevilla  
tan rendido y tan galante  
me declaró que me amaba.

ALB. Jesus que casualidades  
se ven en el mundo! Mira  
no te equivoques!

ELI. No es facil.  
equivocar el objeto  
que recordamos amantes.

ALB. Conque le quieres aun?

ELI. Oh si! Albertina; su imágen  
esta grabada en mi pecho  
desde el venturoso instante  
en que le vi. Como habia  
prometido ya mi padre  
mi mano á mi anciano tio,  
crei debia apartarme  
de cualquiera compromiso  
que su gusto contrariase;  
pero despues que murió  
mi tio, cuantos pesares  
he tenido ya de haber  
sido tan inexorable  
con aquel joven..

ALB. Y cómo  
cuando á Sevilla pasaste  
no visitaste á tu primo?

ELI. No es facil ahora explicarte.  
la causa; una amiga mia,  
señora muy respetable,  
necesitando pasar  
á Sevilla, me hizo tales  
instancias para que fuese  
con ella, que hube de darle  
gusto, y á fin de evitar  
que papá se incomodase  
sabiendo que sin permiso  
suyo, sabia de Cádiz,  
hice mi viage de incógnito,  
tomando, para ocultarme  
mejor, el nombre de Clara.

ALB. Tienes motivos bastantes  
para creer que te ama  
tu primo?

ELI. Oh! si; es indudable  
su amor; si le hubieras visto  
cuando me habló! Aquellas frases  
ardientes é interrumpidas  
por la conmocion mas grande  
revelaban un amor  
que no podia ocultarme.  
Mira, quiero sorprenderle.

ALB. Veamos como lo haces.

ELI. Coloco aqui mi retrato, *(lo hace.)*  
y desde ese escaparate  
fingido, observo el efecto  
que en Carlos obra mi imágen.  
Luego es preciso que tú  
te presentes transformándote  
en mi, en la hija del Baron.

ALB. Y con qué objeto?

ELI. Mas tarde  
lo sabrás.

ALB. Pero entre tanto  
como podré gobernarme?

ELI. Muy facilmente; sostienes  
del modo que mas te agrade  
cualquiera conversacion  
con Carlos.

ALB. Y si tu padre  
sabe ese enredo..?

ELI. No importa,  
de todo salgo garante;  
haz bien el papel de Elisa,  
y por nada ni por nadie  
te inquietes.

ALB. Si ese es tu gusto  
lo haré por no disgustarte.

ELI. Alguien se acerca. Es mi primo,  
vamos al escaparate.

## ESCENA VII.

CARLOS, solo.

Que gente tan estimable  
la de casa de mi amigo!  
Cuantos obsequios y cuantas  
ofertas! Ya que hay avios,  
(*se acerca á la mesa.*)

escribiré cuatro letras,  
dando á mi familia aviso  
de mi llegada, entre tanto  
que viene Eduardo; Dios mio!  
(*sorprendido en extremo.*)

soy el juguete de un sueño  
ó es realidad lo que miro?

Clara! El retrato de Clara!!

(*examinando el retrato.*)

No cabe duda..! Bendito,  
bendito mil veces sea  
el pincel que los hechizos  
del angel á quien adoro  
trasladar aqui ha sabido!  
Es ella, es ella..! que hermosa..!  
Mas por qué raro prodigio  
se encuentra aqui su retrato?  
Reflexionar es preciso;  
habitará en esta casa  
Clarita?.. Que desvario!  
Será mi prima el objeto  
de mis amantes suspiros?  
No puede ser... Mas quién sabe?..

Oh! voy á perder el juicio  
si no consigo al momento  
salir de este laberinto.

Llamemos. (*lo hace.*) El corazon  
me anuncia que han concluido  
la tristeza y los afanes  
conque hace algun tiempo lidio.

## ESCENA VIII.

CARLOS, ISABEL.

¿Sabe usted?

Se ha levantado

mi primita?

Ahora mismo.

Estoy con muchos deseos

de verla, que aun no he tenido

ese gusto; hágame usted

el obsequio de decírselo.

ISA. Está bien, con mucho gusto. (*vase.*)

CAR. Ay..! tengo el alma en un hilo,  
y quiere romper el pecho  
el corazon con sus brincos.

## ESCENA IX.

CARLOS, ALBERTINA.

CAR. (*desanimado.*) No es ella, no es ella! ¡Vamos  
estoy por pegarme un tiro.)  
Señorita, beso á usted  
los... (*No sé lo que me digo.*)

ALB. Querido Carlos, aqui (*en tono franco.*)  
me tiene usted ya. He sentido  
no poder salir mas pronto  
á conocer á mi primo.

Ya habrá dicho á usted papá  
la causa que me ha impelido  
levantarme mas temprano.

CAR. En efecto, me lo ha dicho...  
No ha hecho usted falta ninguna  
(*Ay! ya solté un barbarismo!*)  
Quiero decir que... se siente  
usted mejor?

ALB. Un poquito.  
Y usted qué tiene?

CAR. Yo?.. nada...  
(*Creo que estoy paralizado.*)

ALB. Trátame usted con franqueza

CAR. Así lo haré... soy... tan tímido..!

ALB. Pues sienta malditamente  
la timidez entre primos.

CAR. Como nuestras relaciones  
comienzan ahora...

ALB. Es de fijo,  
pero eso no importa: todas  
las cosas quieren principio;  
haga usted cuenta que se halla  
entre su familia.

CAR. Estimo  
mucho la amabilidad  
con que en casa de mi tío  
se me trata: diga usted,  
primita, tengo entendido  
que habita aqui con ustedes  
una joven...

ALB. No adivino  
lo que haya podido dar  
á esa noticia motivo,  
pues no hay aqui mas mugeres  
que las dos que usted ha visto.  
(*Todo vá á pedir de boca.*)

CAR. (*Este es negocio perdido.*)  
Conoce usted á una joven  
que estubo el pasado estío  
en Sevilla, y que se llama  
Clarita?

ALB. No.

CAR. Pues me díjo,  
la única vez que la ví,  
en... en casa de un amigo,  
que vivía en esta calle.

ALB. (*Ya te entiendo, picarillo!*)  
Pues no conozco á ninguna  
Clarita.

CAR. (*Pero Dios mio  
quien trajo aqui ese retrato?*)  
Elisita... el vienteillo  
que penetra en esta sala

- debe serle á usted nocivo...  
retírese usted si gusta...
- ALB. Gracias, si, ya me retiro,  
aunque el hablar con usted  
me sirve de mucho alivo.  
(*familiarmente.*)  
Qué, no me dice usted nada  
de su amor? Aquí ha corrido  
por segura la noticia  
de que usted, querido primo,  
iba á casarse en Sevilla,  
con una joven del mismo  
nombre que yo, á quien amaba  
con frenesí, con delirio.
- CAR. Yo? No conozco en Sevilla  
ninguna Elisa, es falsísimo.
- ALB. Seria Clara sino  
la que amaba usted; lo digo  
porque hace poco al nombrarla  
estaba usted conmovido.
- CAR. No... me acordé por la calle...
- ALB. (La quiere aun, está visto.)  
Desde luego digo á usted  
que le gustará poquisimo  
la corte.
- CAR. Por qué primita?
- ALB. Porque hallándose su idolo  
en Sevilla, lejos de él  
le servira de fastidio  
todo, y contra nuestro gusto  
tomará pronto el camino  
de su tierra.
- CAR. No; que al lado  
de mi primita y mi tio,  
de menos nada echaré,  
estoy de ello persuadido.  
En cuanto á mi ídolo, ignoro  
donde se halla á punto fijo;  
es una especie de duende  
que anda como un zarandillo  
de aqui para allí.
- ALB. Ja, ja,  
que cosas tiene usted, primo!  
Mas tarde continuaremos  
la plática; me retiro, (*levantándose.*)  
tengo que dar unos dias  
y es tarde ya. Con permiso  
de usted... primo...
- CAR. Usted le tiene,  
primita. (Por fin respiro!)

## ESCENA X.

CARLOS, solo.

Pues no tiene mal palmito  
la niña, mas si al de Clara  
ese rostro se compara,  
qué vale el de está? Maldito. (*saca el retrato.*)  
Que haré con este diseño?  
Le dejo allí, ó me le guardo?  
Voy á entregársele á Eduardo  
para que busque su dueño.

## ESCENA XI.

CARLOS, ISABEL.

ISA. Señor don Carlos?

CAR. (Veré

si algo la doncella apunta.)

ISA. Un caballero pregunta  
allá fuera por usted.

CAR. Eduardo acaso será.

ISA. Como aqui en este Madrid  
se roba con tanto ardid,  
no le he abierto.

CAR. Voy allá...

## ESCENA XII.

ELISA, sola.

Vaya que es linda invencion  
la de Carlos, á fé mia;  
ya publicarlo queria...  
con la mas pura intencion.  
Primo insigue, ten mas calma,  
que de pronto tanta dicha  
se convirtiera en desdicha  
siendo tan sensible tu alma,  
y será injusto el rigor  
empleado contra ti,  
mas es un capricho... si...  
perdónaselo á mi amor.  
Para tu gloria obtener  
tienes que sufrir un rato;  
por de pronto, este retrato  
ya no le vuelves á ver.  
(*vase por el guardaropa con el retrato.*)

## ESCENA XIII.

CARLOS, EDUARDO.

CAR. Esa torpe de criada  
no te conocia ya?EDU. Me vé por primera vez,  
no lo debes estrañar.CAR. Quién te abrió la puerta en antes?  
Fué el asturiano quizás?

EDU. Justamente.

CAR. Siéntate,  
que hay una gran novedad  
que contarte. (*con alegría.*)EDU. Ya te escucho.  
Viste á la prima... eh? qué tal?  
Es muy linda, y te prendó?  
Lo adiviné; voto á san,  
no lo dige..?

CAR. No es la prima.

EDU. Pues quién es?

CAR. Quieres callar?  
Es el asombro mas grande!  
Que feliz casualidad!

EDU. Qué sucede?

CAR. Amigo mio,  
sin que te pueda explicar  
el cómo de esta aventura,  
lo cierto es que mi beldad  
se me apareció en retrato.

EDU. En esta pieza?

CAR. Cabal;  
aqui me encontré la copia  
del divino original  
por quien tanto ha que suspiro  
sin que le pueda alcanzar.

EDU. Es estraño!

CAR. Ya lo creo;  
ahora mismo lo verás;

verás, Eduardo, que hermosa, que aire tan angelical, que mirar tan espresivo, tan dulce... Pero será (*buscando el retrato.*) posible?... No; esto sucede por arte de barrabás.

EDU. Qué te pasa?

CAR. Yo estoy loco..!

EDU. Si te entiendo... Por San Blás, acabarás de explicarte?.. Veamos esa deidad.

CAR. Acaso puedo enseñártelo?

EDU. Pues cómo?... qué...

CAR. Voló yá!

Admirate, amigo mio; ha seis minutos no mas que le tube entre mis manos, aqui mismo, si, formal; salgo á ver quién me buscaba, le pongo allí, bajo el frac, vuelvo, y... ya desaparece!!!.

EDU. Es lo mas particular.

Has mirado si en tu alcoba...

CAR. Nadie se puede ocultar. (*entra en la alcoba.*)

Mira: la cama, dos sillas...

Esto es sobrenatural.

EDU. Que diablo!

CAR. Tu no adivinas?...

EDU. Como es posible atinar!

CAR. Pues señor, no cabe duda que hay una trama infernal, que se ha urdido en esta casa contra mi tranquilidad.

EDU. Y hemos de desenredarla, te lo prometo.

CAR. Será que habite aqui mismo Clara y me oculten...

EDU. Necedad.

En fin, yo tengo un amigo que hace seis años ó mas que es visita del Baron, y muy intimos, el cual voy á buscar al momento, y sin darle á sospechar el motivo que me lleva, espero me aclarará lo que es preciso sepamos, para que cese tu afan.

CAR. Es un obsequio, Eduardo, que nunca podré pagar...

EDU. Que disparate; tambien tengo interés sin igual en poder coger el hilo de esta intriga.

CAR. Brevedad y sigilo te encomiendo.

EDU. De eso no tienes que hablar. Al instante vuelvo.

CAR. A Dios.

EDU. Tu tio llega.

CAR. Es verdad.

ESCENA XIV.

Dichos, y el BARON.

CAR. Querido tio...

EDU. Señores

conque juntitos? Celebro ver mi casa tan honrada.

EDU. Yo soy, Baron, el que tengo el honor de...

BAR. Nada, nada, no hay que andar con cumplimientos. Yá sé, Cárlos, por mi hija, que la has visto; y segun creo la has agradado bastante; vaya, no podia menos.

CAR. Es favor que me dispensa mi linda prima.

BAR. No siento mas que la temprana muerte de su tio; á no ser eso no se veria mi Elisa espuesta á algun contratiempo, enamorándose incauta del talle de algun tontuelo barbiliendo y calavera que nos dé algun sentimiento.

EDU. Pero su niña de usted...

BAR. Es juiciosa, y me prometo, que no se aparte jamás de cuanto yo la aconsejo. Pero hablando de su tio; era otra cosa!.. Qué empeño tenia por conocerla! La adoraba!

EDU. Segun eso, no la habia visto nunca?

BAR. No señor; si en este invierno pensamos marchar á Cádiz, y para mayo, ó mas presto, pasar á la Nueva España y celebrar su himeneo?

CAR. Y qué edad tendria el tio?

BAR. Todavia no era viejo; sesenta y seis á lo mas, y tan robusto, tan tieso...

CAR. (Pobre Elisa.)

BAR. Que desgracia!

CAR. (Mas vale que se haya muerto!)

BAR. Conque olvidando estas cosas que ya no tienen remedio, y una vez que te acompaña D. Eduardito, me atrevo á suplicar me dispenses que me retire allá dentro; llegó el administrador del cortijo del Cerezo á presentarme las cuentas, y quisiera...

CAR. Usté es muy dueño.

BAR. Salgo para despacharle y sin detencion me vuelvo... Si necesitas algo que te lo den al momento.

CAR. Gracias, tio...

BAR. Hasta despues; saludo á usted, caballero.

ESCENA XV.

CARLOS y EDUARDO.

CAR. Es muy grande mi impaciencia, y si quisieras...

EDU. (*toma el sombrero.*) Te entiendo.

CAR. Si, Eduardo, loco estoy!

EDU. Tranquilízate. Qué es esto!. (se oye un piano.)  
no oyes?..

CAR. Es un preludio...

EDU. Van á cantar....

CAR. Escuchemos!..  
(*Elisa canta dentro.*)

Si quieres hallar el idolo  
que adora tu corazon,  
no busques, doncel, á Clara,  
no busques á Clara, no:  
llama á Elisa, y sus acentos  
responderán á tu voz,  
dando á tu pecho esperanza  
si la esperanza perdió.

CAR. Su voz!.. Es ella!..! Dios mio!

EDU. Esa Clara que...

CAR. Ya puedo  
decir que soy mas dichoso  
de lo que esperaba!..

EDU. Pues te doy la enhorabuena,  
bien sabe Dios que me alegro.

CAR. Tú no sabes qué placer  
esperimento en mi pecho.

EDU. No vayas á caer malo  
de la alegría.

CAR. Es que siento...  
Vaya, no puedo explicarme...  
late el corazon... y tengo  
una impaciencia tan grande  
por verla. Oh! es un portento!  
Clara mia! Voy... (*quiere irse.*)

EDU. A dónde?... (*le detiene.*)

CAR. Dónde he de ir? Allá adentro  
á verla.

EDU. Con mas cachaza,  
(Este hombre ha perdido el seso!)  
Pues me gusta; calma, calma,  
el desenlace esperemos,  
que debe estar ya muy próximo.

CAR. Vuelve á cantar!!!

EDU. Si, silencio.  
(*Canta.*) Cuando á la orilla del Betis  
tus protestas desoyó,  
cautiva su mano estaba  
si libre su corazon.

Mas hoy te concede en premio  
de tu constancia y tu amor,  
su corazon y su mano  
que la libertad cobró.

CAR. Si, no hay duda, soy feliz!  
Qué voz! qué gracia!

EDU. Celebro  
tanta dicha, amigo Carlos.

CAR. Se cumplieron mis deseos!

#### ESCENA XVI.

*Dichos, el BARON.*

BAR. Y qué les parece á ustedes  
Elisita?

EDU. Voz muy bella!  
En estremo me ha gustado

BAR. Mucho, mucho, eh? de veras?  
Me alegro; oh! es primorosa,  
no porque su padre sea ..

CAR. Conque quien cantó fue Elisa?

BAR. Si señor.

EDU. (Quien esto entienda  
digo que...)

CAR. Mi prima Llisa?

BAR. Mi hija, tu prima. (Torpeza  
como la de este sobrino,  
no la he visto!) No te acuerdas  
de haberla hablado ahora poco?

CAR. Si señor...

BAR. Pues si te quedas  
tan admirado y tan...

CAR. Bueno.  
(Pues señor, esto vá en regla;  
tú lo entiendes? (*á Eduardo.*))

EDU. Ni por pienso. (*á Carlos.*)

CAR. Señor, qué maraña en esta?

BAR. Conque tan bien les parece?  
Pues es preciso que sepan  
que es de aficion cuanto hace.  
Ya he dispuesto yo que aprenda  
por principios, si señor.

EDU. Muy bien hecho.

CAR. (*á Eduardo.*) (Anda, espera  
á que por si se declare.  
Estoy loco!)

EDU. Ten paciencia. (*á Carlos.*)

BAR. Cómo? qué?

EDU. Que es acertado  
cuanto sobre Elisa piensa  
usted, le decia á Carlos.

BAR. Yo lo creo! Si usted viera  
que tan solo con oirla  
saca una pieza cualquiera  
al piano! Qué es eso, Carlos?  
Te miro así... con tristeza...  
y pensativo... qué tienes?

EDU. Nada... sin duda se acuerda  
de su provincia.

BAR. Eh!.. que diablo!  
Es preciso te diviertas  
en Madrid... y...

EDU. No hay cuidado,  
eso corre de mi cuenta.

BAR. No te puedes figurar  
cuanto siento que á la mesa,  
como seria mi gusto,  
acompañarte no pueda;  
ya se vé, no me avisaste  
venias en diligencia,  
y hoy quedé con mis amigos,  
y por cierto que me pasa,  
en ir á comer á Europa;  
mas á pesar de esta oferta  
ya me dispuse á faltar;  
pero en esto se presenta  
uno de ellos... don Torcuato,  
con su insufrible etiqueta,  
y me dice que es preciso  
que yo no falte á tal fiesta,  
que me echarian de menos;  
¡que tontería! y me pesca,  
y me obliga á que con él  
me vaya sin mas espera.

CAR. Es muy justo que usted cumpla  
con sus amigos.

BAR. Tan pelma  
es este tal don Torcuato...

CAR. Vaya usted, no se detenga,  
conmigo cumplido está.

BAR. He menester tu indulgencia.

CAR. Qué!.. no señor... y ademas  
que muchos dias nos restan

para que sin compromisos como el de este día, pueda tener el placer que usted coma en casa.

BAR. Es verdad, queda mi palabra ya empeñada para mientras permanezcas en Madrid, de no faltar; y Elisita que desea hablar contigo despacio, te acompañará á la mesa, y usted ocupa mi puesto. (á Eduardo.)

EDU. Tantas gracias...

BAR. Con franqueza.

EDU. Se lo agradezco infinito; pero en mi casa me esperan.

BAR. Se mandaria recado.

EDU. Hoy de ninguna manera puedo complacer á usted.

BAR. Pues mañana.

EDU. Usted se empeña...

BAR. Si, mañana. A Dios, Señores; luego que encuentre manera de escaparme, estoy aqui.

CAR. A Dios, tío.

BAR. Hasta la vuelta.

ESCENA XVII.

CARLOS, EDUARDO, y luego ISABEL.

CAR. Que dices de lo que pasa?

Yo no sé que presumir...

EDU. Se me ocurre un pensamiento para que averigues,....

CAR. Dí.

EDU. Mientras yo en mis relaciones, que son muchas en Madrid, y que conocen al tío y á su familia, y en fin, mientras que yo pongo en juego cuanto pueda conducir para que á tu dama duende, que parece muy sutil, la quitemos esa máscara conque se quiere reir á tu costa; me parece que si la escribieras...

CAR. Chist!

No conoces que vivimos donde las paredes...

EDU. Si.

Bien sé que cuanto digamos lo escucharán por ahí, pero no importa que oigan lo que te voy á decir. Debes poner una carta rogando á tu serafín, que cese en su juego cómico para hacerte ya feliz, si su gusto es el premiar tu amoroso frenesi; que si no te hará creer, y ese pensar fuera vil, que contigo se entretiene cual si fueras manigui.

CAR. Has hablado como un Séneca.

Bien, bien, la voy a escribir. (va á la mesa.)

EDU. Cuatro letras nada mas; luego la pones aqui, en donde estubo el retrato.

ISA. Que si puede usted venir.

CAR. Dónde, niña?

ISA. Al comedor.

Que le esperan...

CAR. Voy, si, si.

ISA. La señorita.

CAR. Al momento. (escribiendo.)

ISA. Está bien. (vase.)

EDU. Ya puedes ir.

CAR. Si, no vengan... y... concluyo. (pausa.) Te parece bien asi? (se levanta y se la da.)

EDU. (leyendo para si.) Perfectamente; á comer.

CAR. Cuanto diera por salir hoy mismo de tantas dudas!..

EDU. El duende del camarín, mientras comes, se presenta; él se quiere divertir, mas todas las dichas juntas las reserva para ti.

ESCENA XVIII.

CARLOS, despues ALBERTINA.

CAR. Si fuese cierto, Dios mio! Si mi alma tal dicha alcanza! Si se cumple mi esperanza!.. Pero es loco desvario... Dejo aqui el papel ahora; veremos que resultado...

ALB. Conque aqui tan descuidado y yo esperando?

CAR. Señora!! (Me sorprendió!) Prima amable, una carta de interés que ya concluía..

ALB. Pues es crimen imperdonable.

CAR. Asi lo creo en conciencia. Y bien, qué tendré que hacer para...

ALB. Venir á comer.

CAR. No es mala la penitencia.

ESCENA XIX.

ELISA, por el guardaropa.

Se fueron; puedo salir... Ay Carlos! que sobresaltos te estoy haciendo pasar... Te veo tan trastornado... Ya se vé, si el infeliz, lo que es hoy dia tan raro, quedó tan solo con verme de veras enamorado! Y somos en general las mugeres, al mirarnos distinguidas por un hombre, injustas á sus halagos! Que hermoso es cuando nos ruegan y nos llenan de agasajos, y ponderan nuestras gracias y alaban nuestros encantos, mostrarnos indiferentes á su amoroso entusiasmo, y si doblan sus protestas, si se deshacen jurando su pasion y su constancia, completo triunfo alcanzamos. Oh si queremos de veras y nuestro amante taimado se distrae á pesar nuestro,

algo mas le contemplamos.  
 Pues no debe ser asi,  
 yo de todo me hago cargo;  
 es ya tan solo mi anhelo  
 decirle que le idolatro,  
 y... hasta pedirle perdon  
 que le di muy malos ratos;  
 luego mi papá vendrá,  
 que ignora cuanto yo hago,  
 y no sabe que Albertina  
 está mi puesto ocupando,  
 y entonces es indispensable  
 que estalle el compló empezado.  
 Es preciso concluir,  
 pero quisiera arreglarlo...  
 de un modo... cómico... y...  
 Aquí una carta! Es de Carlos;  
 vá perdiendo la paciencia,  
 esto me gusta; veamos. (*lee.*)  
 «Hace tiempo, Señorita,  
 «que con mi amor, ciego, insano,  
 «por vuestra hermosura célica  
 «en pos de su luz me arrastro.  
 «Tan pronto os apareceis  
 «cual iris en mi naufragio,  
 «como augurio de desdichas,  
 «á mis ojos ocultandoos,  
 «que es como si el sol negase  
 «al universo sus rayos.  
 «Harto por vos ha sufrido  
 «quien por vos solo alentado  
 «espera en el porvenir,  
 «en el porvenir dorado!!!:  
 «Cese ya mi incertidumbre  
 «y pronuncie vuestro labio  
 «una palabra de amor  
 «que es cuanto desea Carlos.»  
 Lo merece el pobrecillo;  
 es tan noble, tan buenazo!  
 Y se esplica con pasion...  
 Alguien viene, siento pasos,  
 es Isabel. (*escucha entornando la puerta.*)

ISA. (*dentro.*) Señorita,  
 soy yo, no tengais cuidado.

#### ESCENA XX.

ELISA, ISABEL.

ELI. Como está mi caballero?

ISA. Allá en la mesa charlando  
 cuenta ahora á la Señorita  
 Albertina, muy despacio,  
 sus amores en Sevilla,  
 y el feliz é inesperado  
 momento de conoceros;  
 y con tan solo nombraros  
 se colora y palidece  
 y tiembla como azogado.

ELI. Vaya, no es poco sensible;  
 creeria... Se pondrá malo?...

ISA. Por lo menos la comida  
 no creo que le haga daño;  
 todo se le vá en hablar  
 mucho, y no prueba bocado.

ELI. Y Albertina no le dice...

ISA. Ella misma le hace plato,  
 pero nada; ahora se empeña  
 en que ella le está engañando,  
 y casi por Dios la ruega...  
 qué, dá lástima el mirarlo. (*se sonrie Elisa.*)

Se rie usted, Señorita?  
 Su corazon es de mármol;  
 si un chico asi me quisiera  
 como la ama á usted D. Carlos...

ELI. Qué harías?

ISA. No se que haria  
 si me hallase en este caso,  
 mas... no fuera tan ingrata.

ELI. O!a Isabel!

ISA. Pues es claro.

ELI. Ve al comedor no sospechen...

ISA. Todavía están despacio.

ELI. No obstante, vete, Isabel,  
 y no olvides mis encargos.

ISA. Puede usted estar segura,

ELI. Ya lo sé, mas sin embargo,  
 pudiera venir papá...

ISA. No pase usted sobresalto.

#### ESCENA XXI.

ELISA, sola.

(*se sienta á escribir, y por intervalos dice.*)

Tu buscas á una dama,  
 á pesar de su ausencia y sus desvios  
 que tu pasion inflama;  
 pero ella tanto te ama  
 que hoy mismo ha de llamarte dueño mio.  
 Hoy, si, verás cumplida  
 esa esperanza que tus dias dora,  
 y que creias perdida,  
 porque á tu amor rendida  
 está la dama que tu pecho adora.  
 Eterno desconuelo  
 mi obediencia filial me disponia,  
 mas sin pedirlo al cielo  
 me deparó el consuelo  
 con mi libre alvedrio que queria.  
 Lo escrito es ya bastante; (*levantándose.*)  
 la carta deajo con la llave al lado,  
 que ha de tomar mi amante  
 inquieto y anhelante  
 por saber de su suerte el resultado.

(*observa por la puerta y advirtiendo ruido se retira por el Guardaropa.*)

#### ESCENA XXII.

CARLOS, solo.

Hemos comido en posta;  
 caramba en la primita!  
 ó hablando propiamente  
 mejor decir podria,  
 que á la mesa me he puesto  
 tan solo por politica;  
 que desde que ese duende  
 mi corazon fascina,  
 ha muerto mi apetito  
 y mi razon vacila.

Voy á ver si la carta  
 que aqui he dejado escrita  
 existe... ¡ó... que estoy viendo!  
 esto me espasmodiza?  
 No hay duda, me contesta (*tomando la carta.*)  
 mi dama peregrina;  
 quiero ver lo que dice  
 esta carta bendita; (*la abre.*)  
 mas es tanto mi gozo  
 que se turba mi vista,  
 y no distingo apenas...  
 á ver... oh cual se agita

mi corazón amante  
 cuando pienso en mi dicha!  
 Me siento mas sereno,  
 veamos la misiva. (*lee.*)  
 «Tiempo era que á mi amante  
 le llegára su día,  
 en premio á su constancia  
 por su dama perdida;  
 mas esto es, si el secreto  
 á nadie le confía.  
 Al ser las cuatro en punto,  
 con la llave que encima  
 de la carta que lees  
 hallarás, en seguida  
 abres el guardaropa  
 de tu cuarto. (Oh delicia)  
 y verás, no te asombre,  
 á tu querida Elisa.» (*coge la llave.*)  
 La aprension es estraña,  
 bien rara por mi vida,  
 mas esto, qué me importa  
 si voy á ver cumplidas  
 mis dulces esperanzas?  
 Qué placer, qué alegría!!  
 Pero reflexionemos;  
 aqui se firma Elisa,  
 y que á Elisa buscarse  
 en su cancion decia.  
 Y Elisa no es la que amo,  
 porque es Clara, y la misma  
 la mismísima Clara  
 que conocí en Sevilla  
 la que cantò hace poco, y...  
 Jesus que tarabilla  
 de nombres, Dios eterno!  
 No es posible, á fe mia,  
 entender este enredo;  
 mas la hora se aproxima, (*guarda la carta.*)  
 voy á verla, y qué importa  
 sea Clara ó Elisa.

ESCENA XXIII.

CARLOS, EDUARDO.

A quién? Qué es eso, Carlos?  
 Qué ha pasado?

(Maldita  
 casualidad!)

Qué dices?

Que iba á verte decia.  
 (Pues estamos medrados  
 ahora con la visita!)

Yo escuché cuando entraba...

Voy á verla, y creia  
 que habias encontrado  
 el hilo de la intriga.

Nada de eso.

Y la carta?

Se la han llevado, mira...

Y no te han contestado?

No, y tú, me traes noticias?

Vamos, hombre, sé franco  
 conmigo.

Hay tal mania!  
 cuando digo...

Ya basta;  
 e un modo me lo afirmas..!

Donque vamos, qué sabes?  
 por todas mis pesquisas  
 positivamente

que solo tiene una hija  
 el dueño de esta casa,  
 como única familia;  
 á mas de los criados  
 que conoces, tu prima,  
 segun me han informado,  
 tiene una íntima amiga  
 de quien nose separa.

CAR. Y se llama?..

EDU. Albertina.

CAR. (Pues señor, no lo entiendo!)

EDU. El diantre de la niña  
 nos quiere volver locos.

CAR. Sin duda. (Como haria... (*mira el reloj.*)  
 faltan ocho minutos!)  
 Eduardo?

EDU. Qué querias?

CAR. Te parece salgamos?  
 La tarde nos convida.

EDU. Como gustes.

CAR. Entonces  
 voy por la ropa limpia  
 y me visto, y me arreglo  
 á las mil maravillas;  
 me esperas en tu casa,  
 quieres?

EDU. Qué tontería!  
 Para qué? Aqui te espero.

CAR. Es que... ¡Virgen Santísima! (*oyendo al tio.*)  
 El tio! Pues ya escampa.  
 Vaya, hombre, date prisa.

ESCENA XXIV.

Dichos, y el BARON.

BAR. Vuelvo de mi convite.

Loado sea Dios,  
 sin aguardar los postres,  
 mirando que el reloj  
 iba á marear las cuatro,  
 me despido, y veloz  
 como una diligencia  
 cuando entra en poblacion,  
 me dirijo á mi casa  
 y ya contento estoy,  
 que este es mi centro, amigos;  
 toda mi obligacion  
 es cuidar de mi niña,  
 mi consuelo, mi amor,  
 y despues de los bienes  
 que han de ser en su pró;  
 demas de esto, está Carlos  
 y no fuerá razon...

CAR. (Aunque no hubieras vuelto  
 no hacias falta, nó.)

BAR. Conque se va á paseo,  
 D. Eduardo?

EDU. Si, voy  
 con este buen amigo  
 que está hecho un ababol;  
 conque piensas vestirme?

CAR. Déjame por favor.  
 (Las cuatro van á dar!..  
 como echar á los dos?)

BAR. Si, si, que en este tiempo  
 se pone pronto el sol. (*dan las cuatro dentro.*)

CAR. (Las cuatro! Llegó la hora,  
 y qué hago? Esto es atroz!)

BAR. Y á donde piensan ir  
 ustedes?

EDU. Qué sé yo?  
 Hoy iremos al Prado.  
 BAR. Lleno estará el salon.  
 CAR. (Ya verá el compromiso .  
 en que me encuentré. Oh!  
 no hay remedio... yo parto  
 y todo se acabo.)  
 Aquí, querido tío,  
 en esta habitacion,  
 una muger existe  
 imágen del caudor,  
 que adoro con delirio  
 y no es pouderacion.  
 Ni sé cómo se llama,  
 ni quién es; pero yo  
 lo he de saber muy pronto  
 que cesó su rigor.  
 BAR. Carlos, qué es esto? Ignoro...  
 dame una esplicacion...  
 EDU. Qué haces, Carlos? Que dices?..  
 CAR. Si amigo, apareció  
 esa mano invisible,  
 oculta, superior  
 que hace tantos prodijios  
 que inesplicables son.  
 BAR. Prodigios? Qué me dices?  
 (Este el juicio perdió!)  
 CAR. Y esta misma, señores,  
 vi con admiracion,  
 que con este billete  
 el talisman me dió. (lo saca del bolsillo.)  
 por el cual...  
 EDU. Una llave!...  
 CAR. Hallará el corazón  
 ese ser sobrehumano  
 que con dolor perdió.  
 EDU. Cómo?  
 CAR. De esta manera.  
 BAR. Veamos.  
 CAR. Atencion!...  
 (abre el guardaropa y aparece Elisa.)  
 ESCENA ULTIMA.  
 Dichos, ELISA y despues ALBERTINA.  
 BAR. Mi hija!  
 CAR. Su hija de usted!!  
 BAR. Es claro, de que te admiras?  
 EDU. Estamos frescos.  
 CAR. Y la otra?  
 BAR. Qué otra?  
 CAR. Esta Señorita  
 (viendo salir á Albertina.)  
 no es su hija de usted?  
 BAR. Mil gracias!  
 Pues me place la noticia  
 como hay Dios!!  
 CAR. (á Eduardo.) Entiendes algo  
 de este embolismo?  
 EDU. (á Carlos.) Ni pizca.  
 CAR. Elisa, esplíqueme usted. (á Albertina.)  
 BAR. Esplíquese usted, Albertina. (á id.)  
 CAR. Qué, no es Elisa esta joven?  
 BAR. No, esta joven es Elisa; (señalándola.)  
 habla, hija mia, y sepamos  
 la soluciuon de este enigma.  
 ELI. Por una casualidad  
 conoci en Andalucia  
 á Carlos, sin que supiéramos

él ni yó que nos unian  
 vinculos de parentesco  
 y afecciones de familia.  
 Me declarò que me amaba,  
 pero estando prometida  
 mi mauo ya, reusé  
 el amor que me ofrecia;  
 llega á casa, le conozco,  
 y hallando ocasion propicia  
 de averiguar si aun me quiere,  
 echo mano de la intriga,  
 y conseguido mi intento  
 demando perdon sumisa  
 de una falta, que si es falta,  
 la es del amor y no mia.  
 CAR. Ah! ya lo comprendo todo. (gozoso.)  
 BAR. Pues yo de esa retahila  
 tan solo he sacado en limpio  
 una cosa, que la niña  
 te quiere.  
 CAR. Y es lo bastante  
 para que haga usted su dicha  
 y la mia, concediéndome  
 su mano.  
 BAR. Pues concedida  
 la tienes.  
 CAR. Oh! soy dichoso!  
 ELI. (Bailando estoy de alegria!)  
 BAR. Pasados un par de meses,  
 que es lo que se necesita  
 para arreglar el asunto  
 con la madurez debida,  
 se efectuará vuestra boda,  
 y que de salud os sirva,  
 CAR. Eduardo será el padrino.  
 ELI. Y Albertina la madrina.  
 EDU. Acepto.  
 ALB. Con mucho gusto.  
 BAR. Los dos vienen de perilla...  
 EDU. Carlos, y tu juramento  
 de no dividir con priuna  
 tu tálamo?  
 CAR. No repara  
 quien ama en cosas tan nimias.  
 Ademas, tengo razones  
 para pensar de distinta  
 manera.  
 EDU. Cuáles? Veamos...  
 CAR. Los ojos de la primita.  
 EDU. Amor vogó viento en popa.  
 CAR. Pero inquieto...  
 ELI. Un temor...  
 EDU. Cuál?  
 ELI. Si pareció bien ó mal  
 La dama en el guardaropa.

FIN.

MADRID: 1848.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA

Calle del Duque de Alba, n. 13.